

CHILE EN QUEVEDO: EL CUADRO XXXVI DE *LA HORA DE TODOS Y  
LA FORTUNA CON SESO*

*CHILE IN QUEVEDO: THE EPISODE XXXVI OF LA HORA DE TODOS Y  
LA FORTUNA CON SESO*

*Victoriano Roncero López*  
Stony Brook University  
roncero@optonline.net

RESUMEN

El presente artículo analiza el cuadro XXXVI de *La Hora de todos y la Fortuna con seso* de Francisco de Quevedo, en el que se produce el encuentro y diálogo entre un capitán holandés y los indios chilenos. Quevedo utiliza este diálogo para atacar a los holandeses, que pretendían aliarse con los indios chilenos para expulsar de América a los españoles. La importancia de este fragmento consiste en que Quevedo expresa sus críticas a los holandeses sirviéndose del indio chileno, que acusa al europeo de rebelde y traidor al rey de España. También critica la conquista de América desde el punto de vista de la moral cristiana.

PALABRAS CLAVE: Quevedo, indios chilenos, holandeses, América, rebelde, traidor, moral cristiana.

ABSTRACT

This article analyzes the fragment 36 of *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, by Francisco de Quevedo. It narrates the encounter and dialogue between a Dutch captain and the Chilean Indians. Quevedo attacks the Dutchs who tried to become allies of the Chilean Indians in order to expel the Spaniards from America. The importance of this fragment relies in the fact that Quevedo criticizes the Dutch through the voice of the Chilean Indian, accusing the European of disobedience and treason to the King of Spain. He also censors the conquest of America from the point of view of Christian morality.

*KEY WORDS: Quevedo, Chilean Indians, Dutch, America, Rebel, Traitor, Christian morality.*

*Recibido: 04/03/2010      Aceptado: 15/05/2010*

Cuando asociamos los nombres de Quevedo y Chile, lo primero que se nos viene a la mente es la admiración que Pablo Neruda manifestó por el escritor madrileño del que editó en 1935 en Cruz y Raya *Los sonetos de la muerte de Quevedo*, y al que, en una conferencia precisamente titulada «Viaje al corazón de Quevedo», consideró como «hombre turbulento y temible... el más grande de los poetas espirituales de todos los tiempos»<sup>1</sup>. Esta admiración poética ha continuado con posterioridad en otros poetas chilenos, tal y como lo ponen de manifiesto, por poner un solo ejemplo, las palabras que le dedicaron en unas magníficas y esclarecedoras conversaciones Enrique Lihn y Pedro Lastra<sup>2</sup>.

Sin embargo, mucho menos conocida es la aparición de Chile, o, para ser más exactos de los indios chilenos, en la obra de Quevedo, algo que sucede en el cuadro XXXVI de *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, texto satírico compuesto hacia 1635, pero cuya primera edición vio la luz póstumamente en las prensas zaragozanas de Roberto Duport en 1650. Este texto en prosa, que reúne las características que Mijail Bajtin señalaba para la sátira menipea<sup>3</sup>, se mantuvo inédito hasta después de su muerte porque en él encontramos un duro ataque a la política del conde-duque de Olivares, el valido de Felipe IV desde 1621 hasta 1643. La relación del escritor con el poderoso Conde-duque ha sido objeto de trabajos muy interesantes del historiador inglés John Elliott<sup>4</sup>, en los que hace un recorrido muy detallado sobre la relación amor-odio entre estos dos personajes tan importantes en la España de la primera mitad del siglo XVII. Una relación que comenzó con el aire de esperanza que había traído a Castilla el ascenso al poder de Felipe IV y su ministro, que Quevedo recogió en sus *Grandes anales de quince días*, y que continuó, según el historiador británico hasta principios de 1635<sup>5</sup>, año en que supuestamente se redactó *La Hora de todos*. Sin embargo, hay que puntualizar algo de esta fecha, porque los enfrentamientos entre ambos hombres ya habían comenzado al final de la década de 1620, concretamente en 1628, cuando el escritor publicó dos obras en los que defendía el patronato único de España del apóstol Santiago<sup>6</sup>, que se vio amenazado por el copatronazgo de Santa

---

<sup>1</sup> Pablo Neruda, *Obras completas*, IV, p. 452.

<sup>2</sup> Pedro Lastra, *Conversaciones con Enrique Lihn*, pp. 71-76.

<sup>3</sup> Entre otras: presencia de elementos cómicos; uso de lo fantástico para crear situaciones extraordinarias; la aparición del mundo en tres niveles (Olimpo, tierra, submundo); conductas excéntricas y escándalos; preocupación por los problemas del presente. Ver Bajtin, pp. 158-169.

<sup>4</sup> Ver sobre todo «Quevedo and the Count-Duke of Olivares».

<sup>5</sup> Elliott, 1982, p. 242: «I think we can detect in 1634-35 the first signs of an alienation from the Olivares regime which will soon convert Quevedo into an implacable opponent of the Count-Duke and his works».

<sup>6</sup> Se trata del *Memorial por el patronato de Santiago y Su espada por Santiago*.

Teresa de Jesús, promovido, entre otros, por Olivares. A partir de este momento las relaciones se hicieron complicadas y se rompieron ya finalmente en el principio de la década de 1630, como lo demuestra la *Execración contra los judíos*, panfleto antiolivarista escrito hacia 1633. En esta obra ya se ataca abiertamente al valido, comparando su figura con la del Aarón bíblico:

Señor, no se debe fiar el príncipe del ministro que toma el oro y la plata de los judíos, que es artífice de sus pecados, porque del tal nunca, si Dios no se la revela, entenderá la verdad. Si alguno fuere tal ministro, se conocerá en que luego empezará su disculpa por la acusación del pueblo y, siendo él quien, para fabricar contra Dios ídolo, pidió al pueblo el oro y la plata y lo despojó, dice que el pueblo, que fue el pedido y el despojado, es el inclinado a mal y que el fuego tiene la culpa<sup>7</sup>.

El escritor acusa en este memorial al ministro de permitir la vuelta a España de los judíos marranos portugueses, una de las mayores traiciones que un cristiano podía hacer a su Dios y a su Rey. El duro ataque de un Quevedo antisemita al ministro que, en su opinión, pretendía revocar la expulsión de los enemigos de la fe por motivos económicos, constituye el principio del fin del apoyo que había dado a la política del valido desde su ascensión al poder en el año 1621. A partir de este momento, el alejamiento entre los dos hombres o, mejor dicho, entre su visión política e ideológica es irreversible, y *La Hora de todos* refleja esta ruptura mejor que ninguna otra obra quevediana. El escritor madrileño ataca en esta sátira menipea todos los aspectos de la política propugnada por el Conde-duque, tanto en lo que se refiere a su vertiente exterior como a la interior. Pero es que los ataques no se detienen en estos aspectos, sino que se personalizan, siguiendo la pauta marcada por la ya citada *Execración contra los judíos*. Quevedo culmina estos ataques personalizados en el cuadro XXXIX, conocido como el de «La isla de los Monopantos», en el que se relata una reunión en Salonique de «los judíos de toda Europa (convocados) por Rabí Saadías, y Rabí Isaac Abarbaniel, y Rabí Salomón, y Rabí Nisín»<sup>8</sup>. A esta reunión acuden los rabinos de las principales sinagogas de judíos sefardíes en la Europa del siglo XVII: Venecia, Praga, Roma, Ámsterdam y Constantinopla, entre otras. Pero lo interesante aquí es la presencia de los Monopantos y su príncipe, Pragas Chincollos. El nombre es un perfecto anagrama de Gaspar Conchillos, personaje que representa al Conde-duque de Olivares, ya que uno de sus antepasados, precisamente el primer

---

<sup>7</sup> *Execración contra los judíos*, p. 112. El texto permaneció inédito hasta su hallazgo a principios de 1990 en la Biblioteca del Real Consulado de La Coruña.

<sup>8</sup> Quevedo, *La Hora de todos*, pp. 329-330. Las citas se harán según esta edición entre paréntesis.

conde de Olivares, don Pedro de Guzmán, se había casado con una hija de Lope Conchillos, secretario del Emperador Carlos V de notorio origen converso<sup>9</sup>. En una Castilla en que la limpieza de sangre confería el estatuto de nobleza, recordar el origen manchado de un Grande de España suponía una grave afrenta, lo que explica que la obra permaneciera inédita durante la vida del escritor ante el temor de las represalias que el valido podía tomar.

Establecida ya la finalidad de la obra, pasemos a analizar con detenimiento el cuadro XXXVI, el de los indios chilenos. El primer detalle que conviene destacar es precisamente que Quevedo sitúe la acción en el continente americano y, concretamente, en Chile. Y digo que hay que destacar este punto porque nos encontramos ante una de las pocas apariciones de América en la obra de Quevedo. Aquí habría que exceptuar las aisladas alusiones a las Indias que aparecen, entre otros poemas, en su famosa letrilla satírica «Poderoso caballero es Don Dinero»<sup>10</sup> o en el soneto, en cuyos versos habla de cómo «Colón pasó a los godos / al ignorado cerco de esta bola»<sup>11</sup>; o las dos que se encuentran en textos en prosa: el primero de ellos, y el menos conocido, se encuentra en su *España defendida*, en cuyo capítulo cinco leemos: «¿Quién sino Dios, cuya mano es miedo sobre todas las cosas, amparó a Cortés para que lograrse dichosos atrevimientos, cuyo premio fue todo un Nuevo Mundo?»<sup>12</sup>; el segundo, y el más conocido, se lee al final del *Buscón*:

Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como vuestra merced verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres<sup>13</sup>.

Exceptuando estos cuatro ejemplos y alguno más que no merece la pena citar en el presente trabajo, América se halla ausente del imaginario quevediano; Quevedo era, como muchos de los humanistas y políticos de su época, eurocéntrico. Los conflictos de los Habsburgos españoles en el Centro y Sur de Europa recibían toda

---

<sup>9</sup> Ver Elliott, *El conde-duque de Olivares*, pp. 29-30.

<sup>10</sup> «Nace en las Indias honrado, / donde el mundo le acompaña»; cito por *Poesía original completa*, p. 717.

<sup>11</sup> Se trata del famoso soneto que comienza: «Un godo, que una cueva en la montaña»; *Poesía original completa*, p. 63.

<sup>12</sup> *España defendida*, p. 587.

<sup>13</sup> Francisco de Quevedo, *Buscón*, pp. 273-274. Sobre el tema del pícaro y América, ver mi artículo «El pícaro sigue al conquistador».

la atención del escritor madrileño consciente del valor estratégico que ambas zonas representaban para el prestigio del Imperio y para la seguridad de la propia Península. Por ello América se presentaba como una realidad alejada, a la que Quevedo sólo se acercaba para moralizar, para criticar la avaricia de los españoles que se aventuraban a cruzar el charco, con lo que quedaba en entredicho la sobriedad tradicional de los castellanos<sup>14</sup>, o para destacar la labor evangelizadora de sus compatriotas<sup>15</sup>. Por eso, nos sorprende en principio la aparición de los indios chilenos en un texto quevediano. Y más aún nos sorprende descubrir cuáles son los modelos en los que se basó el escritor madrileño para redactar este cuadro: Holanda y los panfletos antiespañoles que empezaron a circular en esa república desde las últimas décadas del siglo XVI. A partir de 1570 se comenzó a hablar en los Países Bajos del «ejemplo de las Indias» para incitar a la continuidad de su guerra de liberación contra los españoles. Ya en 1581 el príncipe Guillermo de Orange en su *Apologie* realizaba las atrocidades de los españoles en el Nuevo Mundo y el genocidio que habían cometido contra los habitantes de este continente:

They have miserably put to death, more than twenty millions of people, and have made desolate and waste, thirty times as much land in quantity and greatness, as the low country is, with such horrible excesses and riots, that all the barbarousnesses, cruelties, and tyrannies, which have been committed, are but in sport, in respect of that, which has fallen out upon the poor Indians<sup>16</sup>.

Como demuestra este texto, al príncipe holandés le interesa subrayar las afinidades entre la situación de los Países Bajos y la de América: en ambos casos, los españoles han intentado apoderarse de territorios que no les pertenecían y para ello han cometido las mayores atrocidades imaginables. La campaña iniciada en estos momentos finales del siglo XVI tuvo su continuación en la centuria siguiente, en la que se utilizaron los mismos argumentos, aunque ya en esta época la generalización de los indios americanos se sustituye por su individualización en los indios chilenos a los que se admira por su carácter indómito y por su rebeldía frente

---

<sup>14</sup> El tema de la avaricia y el mar aparece en varios textos quevedianos; ver la silva «A una mina», que comienza: «Diste crédito a un pino / a quien del ocio dura avara mano / trajo del monte al agua peregrino».

<sup>15</sup> Francisco de Quevedo, *España defendida*, p. 586: «Y son a todos como a ella importantes las armas tuyas, pues, a no haberlas, corriera sin límites la soberbia de los turcos y la insolencia de los herejes, y gozaran en las Indias seguros los ídolos su adoración, de suerte que es orilla deste mar, cuya gloria es la obediencia destas olas que solamente la tocan para deshacerse».

<sup>16</sup> Citado por Schmidt, p. 447.

al invasor. A este fervor «pro chileno» hay que atribuir la traducción al holandés de *La Araucana* de Ercilla en 1619, traducción que contribuyó al aumento de la admiración que los holandeses sentían por los indios araucanos, y que movió, por ejemplo, a Joan Aventroot, predicador y mercader flamenco, a escribir y publicar en 1627 una curiosa *Epístola a los Peruleras*, carta en español, en la que promovía la alianza flamenco-peruana, en la que se incluía a los indios chilenos, para expulsar a los conquistadores españoles. Curiosamente en esta epístola y otros documentos holandeses contemporáneos se exponían los mismos motivos que habían impulsado a los españoles a cruzar el océano y a conquistar los territorios americanos: la religión y el comercio. Por supuesto, Aventroot y sus compatriotas querían introducir la Iglesia reformada y destruir todos los vestigios del dominio papal en América<sup>17</sup>. Por otra parte, el factor comercial constituía un elemento fundamental en las relaciones entre estos dos nuevos «aliados», y, en este sentido, los holandeses se comprometían a desarrollar un comercio más justo con los habitantes nativos:

And likewise shall they promise you eternal relations of trade, offering you, from both the East Indies and these Provinces, basic products of better quality and lower price than those you now purchase from Spain<sup>18</sup>.

Estos fueron los razonamientos que explican el interés que los holandeses manifestaron por Chile y que se materializó en las tres expediciones que en la primera mitad del siglo XVII tuvieron como destino final estas tierras: la de Spilbergen que se desarrolló entre los años 1614 y 1617; la de Jacques L’Hermitte, de 1623 a 1626, y la de Brouwer, que zarpó del puerto holandés en 1643. Ninguna de las tres expediciones alcanzó los objetivos previstos y todas terminaron en un relativo fracaso, aunque alguna de ellas logró victorias parciales en tierra o en el mar. Ciertamente, son las dos primeras las que sirvieron como inspiración, sin duda, a Quevedo cuando escribía el cuadro XXXVI de *La Hora de todos*, en el que se narra el encuentro de un capitán holandés y de los indios chilenos.

Pero este detalle solo no explicaría el por qué de esta aparición, ya que los holandeses sí hicieron daño en otros territorios americanos del Imperio, concretamente en Brasil, como lo demuestra la conquista de Bahía en 1625 o la de Pernambuco iniciada en 1633, desde donde lanzaron ese mismo año incursiones de saqueo contra Trujillo y Campeche. Un motivo fundamental para la composición de este cuadro hay que buscarlo en la política europea de los años 1632-1633, momento en el que se llevan a cabo negociaciones secretas para alcanzar una tregua entre los Estados Generales de Bruselas y Holanda, negociaciones en las que aparentemente no participa

---

<sup>17</sup> Ver Schmidt, p. 458.

<sup>18</sup> Citado por Schmidt, p. 460.

Madrid, aunque el Conde-duque las respalda, aceptando ya la paz o ya la tregua siempre que no se mencionara al Emperador, «ya que si no se incluye al Emperador en la tregua o en la paz, podremos, con ese pretexto, mejorarla en el futuro»<sup>19</sup>. En esos momentos, como ya hemos visto anteriormente, Quevedo se halla enfrentado a la política del Conde-duque, que considera equivocada y nefasta para los intereses de España. Además el escritor no puede olvidar que se está intentando negociar con unos rebeldes a la Corona española y con unos enemigos declarados de la fe católica; ello explica que Quevedo les dedique dos cuadros en su sátira, en los que se ataca duramente incluso su mera existencia como país. Todo ello demuestra, creo, el error de algún estudioso actual que llega a afirmar que Quevedo admiraba el progreso militar y económico holandés<sup>20</sup>; admiración que no se halla por ninguna parte en el discurso quevediano. La actitud del escritor madrileño frente a los holandeses es siempre muy crítica, y en los textos satíricos en los que éstos aparecen, como muy bien señaló el ilustre quevedista Raimundo Lida, se mofa cruelmente de ellos<sup>21</sup>. Para nuestro escritor, Holanda representaba todo aquello que era contrario a su concepción de España y su papel en el mundo: la rebelión contra su señor natural, la herejía y la convivencia con los judíos, el mercantilismo; todos estos hechos constituían, en la ideología quevediana, el origen de los grandes males que aquejaban a la sociedad europea del siglo XVII, y eran los desencadenantes de la crisis del Barroco, muy bien estudiada por José Antonio Maravall<sup>22</sup>.

*La Hora de todos y la Fortuna con seso* es un texto que exige una lectura atenta y una comprensión y un conocimiento de la totalidad de la obra quevediana; un estudio serio que pretenda descifrar las claves ideológicas de esta obra ha de hurgar en los fundamentos de los contextos histórico, político, económico y cultural en los que se movió el escritor madrileño. Si no lo hacemos así caeremos en el error de llegar a conclusiones disparatadas que tergiversan la obra y el pensamiento quevedianos. Ciertamente, la estructura compositiva de *La Hora* no ayuda mucho, pues las opiniones enfrentadas que se presentan en todos y cada uno de los cuadros pueden inducir al estudioso moderno a llegar a conclusiones carentes de sentido; así en un reciente estudio se ha hablado de un escritor «revolucionario», que hace afirmaciones a veces «reaccionarias», a veces «casi» revolucionarias, que es un «matón polemicista» al servicio de las grandes familias y, a la vez, se le considera

---

<sup>19</sup> Citado por Israel, p. 210.

<sup>20</sup> Martínez, 2006, p. 99: «resulta difícil no entrever en las palabras de Quevedo la misma admiración que había despertado en Olivares el progreso militar y económico holandés».

<sup>21</sup> Lida, 1981, p. 234.

<sup>22</sup> Maravall, 1980.

como representante de la perspectiva de las clases media y baja<sup>23</sup>; otro estudioso concluye que en esta sátira menipea, Quevedo deslegitima la conquista española y ataca «accidentalmente» a su propia patria<sup>24</sup>. Otros analistas de esta obra hablan de un discurso irracional que «cannot be refuted by logic»<sup>25</sup>. Todas estas afirmaciones dejan claro, a mi entender, que no se ha entendido el texto quevediano, ni mucho menos su intencionalidad satírica, y que se ha pretendido atraer sus ideas a nuestra época con todos los riesgos de malas interpretaciones y de anacronismos que eso conlleva.

Como comentaba anteriormente, todos los cuadros tienen una misma estructura: un personaje o personajes exponen una situación, y después aparece la Hora que refuta los argumentos expuestos en la primera parte. El final varía de un cuadro a otro, pues la aparición de la Hora puede provocar una situación de caos<sup>26</sup> o simplemente se limita a dejar bien clara la opinión del autor. En el cuadro que analizamos, tal y como vamos a ver, el final se corresponde claramente con los intereses de Quevedo de desechar los «falsos» argumentos del capitán holandés. El cuadro se inicia con la descripción de las circunstancias en que se produce el encuentro entre los soldados holandeses y los indios chilenos: una tempestad arroja al barco europeo a las costas de Chile y los habitantes de la región, confundiéndolos con los españoles, los atacan. Al darse cuenta del error, y tras recibir regalos del capitán holandés, los indios acceden a entablar diálogo con los extranjeros. Quevedo no inventa ningún hecho, pues los holandeses, efectivamente, habían mantenido contactos con los indios chilenos en sus incursiones navales al Pacífico americano; como consecuencia de uno de estos contactos Spilbergen había quedado admirado de los modales de sus anfitriones, afirmando de los nativos de la Mocha:

These chileans were well bred, very polite, and friendly... They ate and drank with manners nearly the equal of a good Christian's... and made signs to the effect that (the Dutch) had come also to fight the Spanish, the natives conveyed how much this pleased them, as they were enemies of the same<sup>27</sup>.

El marino flamenco presenta a los indios chilenos como individuos de buenas maneras en la mesa, hasta tal punto que parecían imitar las de los buenos cristianos.

---

<sup>23</sup> Iffland, 1981, pp. 80-81.

<sup>24</sup> Martínez, 2006, p. 116.

<sup>25</sup> Kent, 1977, p. 103. En la misma línea de pensamiento Clamurro, 1991 p. 179, afirma que Quevedo en esta obra no persigue ni la lógica ni la objetividad.

<sup>26</sup> Así por ejemplo el cuadro XIV (Damas que encubren años) termina con la siguiente frase: «Y, arremetiendo el uno al otro, se confundió todo en una resistencia espantosa» (p. 192).

<sup>27</sup> Citado por Schmidt, p. 462.

A partir de ahí se entabla un diálogo en el que se dan cuenta de que ambos tienen un enemigo común: España. La misma situación se produce al principio del cuadro quevediano; tras el encontronazo inicial, los dos bandos se sientan a dialogar y, tal y como le corresponde según la estructura de la sátira, la primera intervención es la del capitán holandés que presenta el argumento marcado, el que refleja el mundo desquiciado de los enemigos de España. En un primer momento, el huésped europeo se presenta y establece el motivo de su viaje: trazar una alianza y comerciar con los chilenos. Inmediatamente después alaba a sus anfitriones, exaltando su valentía por enfrentarse contra el «grande monarca de las Españas y el Nuevo Mundo» (p. 308). A continuación, pone de manifiesto los triunfos obtenidos por sus propias tropas frente al poderoso y terrible enemigo español, tanto en su territorio europeo como en América, refiriendo la conquista de ciertas colonias en Brasil<sup>28</sup>. Esta referencia le sirve de entrada para dejar bien claros los motivos que han llevado a su país a entablar negociaciones con los indios chilenos: en primer lugar, destaca las barbaridades que han cometido los invasores españoles en el Nuevo Mundo:

Hemos considerado que no sólo han ganado estas infinitas provincias los Españoles, sino que en tan pocos años las han vaciado de innumerables poblaciones, y pobládolas de gente forastera, sin que de los naturales guarden aun los sepulcros memoria; y que sus grandes emperadores, reyes, caciques y señores fueron desaparecidos y borrados en tan alto olvido, que casi los esconde con los que nunca fueron (p. 309).

Quevedo refleja perfectamente en este párrafo citado, como en otros que vamos a analizar, la propaganda que desde finales del siglo XVI había iniciado Guillermo de Orange: los españoles han exterminado a las poblaciones indígenas, los 20 millones que ya mencioné con anterioridad. La caracterización ideológica de este capitán holandés demuestra dos cosas: la primera, que el escritor español conocía al detalle los ataques que desde Holanda se lanzaban contra el rey de España; la segunda, su habilidad retórica para transmitir ese argumento antiespañol, reflejando la personalidad de un acérrimo enemigo de la corona española.

En segundo lugar, va a establecer las concomitancias entre los dos pueblos, que ya había señalado la propaganda holandesa que pretendía crear «a brotherhood of anti-Hispanism»<sup>29</sup> entre los dos pueblos rebeldes de ambos lados del globo terráqueo. Esta afirmación constituye el principal argumento del capitán:

---

<sup>28</sup> «Y en el Oriente hemos adquirido grande señorío, y ganádole en el Brasil a Penambuco y a la Paraíba, y hecho nuestro el tesoro del palo, tabaco y azúcar» (p. 309).

<sup>29</sup> Schmidt, p. 444.

Vemos que vosotros solos, o sea bien advertidos o mejor escarmentados, os mantenéis en la libertad hereditaria, y que en vuestro coraje se defiende a la esclavitud la generación americana. Y como es natural amar cada uno su semejante, y vosotros y mi república sois tan parecidos en los sucesos, determinó enviarme por tan temerosos golfos y tan peligrosas distancias a representaros su afecto, buena amistad y segura correspondencia, ofreciéndooos, como por mí os ofrece, para vuestra defensa y pretensiones, navios y artillería, capitanes y soldados... y para la mercancía, comercio en su tierra y Estados, con hermandad y alianza perpetua, pidiendo escala franca en vuestro dominio y correspondencia igual en capitulaciones generales, con cláusulas de amigos de amigos y enemigos de enemigos (pp. 309-310).

He copiado este párrafo tan largo, porque recoge perfectamente el meollo del argumento de los holandeses en su deseo de firmar alianzas con los indios chilenos contra el enemigo común. El fragmento se divide en tres partes: en la primera, se elogia la lucha de los chilenos que han sabido mantener su libertad frente al tirano español, de la misma manera que lo estaban consiguiendo los holandeses en el Viejo continente. En la segunda parte, se ofrece a los indios una alianza militar contra España que tendría como objetivo final una especie de reconquista del continente americano, que acabaría con la expulsión de los invasores españoles y, por tanto, con la liberación de los distintos pueblos indígenas, que podrían entonces negociar libremente con sus aliados holandeses. De nuevo, Quevedo se ajusta a la realidad de la propaganda flamenca que, efectivamente, había propuesto esta «reconquista», aunque, como muy bien afirma Schmidt, «this imagined alliance never materialized»<sup>30</sup>. Esta alianza, y aquí entramos en la tercera parte de su discurso, tendría un componente mercantil importante. La unión de estos elementos, el concepto de reconquista y del mercantilismo capitalista, era muy querido a los holandeses, como lo demuestran las palabras de Willem Usselinx y de otros propagandistas, propulsores de la Compañía de las Indias Occidentales, que proponían la conjunción de ideales patrióticos, religiosos y mercantiles para llevar a cabo la empresa de la expulsión de los herejes españoles de Chile y del resto de las tierras americanas, y que renovaban aquellos ideales de evangelización y enriquecimiento que habían movido a los españoles a iniciar la aventura americana<sup>31</sup>. De nuevo, Quevedo ha sabido resumir en pocas

---

<sup>30</sup> Schmidt, pp. 445-446.

<sup>31</sup> Recuérdense las palabras de Cortés, citadas por López de Gómara, p. 145: «Si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no sólo ganaremos para nuestro Emperador y rey natural rica tierra, grandes reinos, infinitos vasallos, sino también para nosotros mismos muchas riquezas, oro, plata, piedras, perlas y otros haberes; y aparte esto, la mayor honra y prez que hasta nuestros tiempos, no digo nuestra nación, sino ninguna otra ganó... Además de todo esto,

palabras los principales argumentos de la propaganda enemiga y presentarlos al lector español del siglo XVII. De esta forma, ha caracterizado de una manera concisa y brillante a los holandeses y los motivos que argüían en sus expediciones a las costas del Pacífico sudamericano, sin olvidar los ataques que merece cualquier enemigo de la monarquía hispana y que serían fácilmente deducibles para los lectores españoles de los distintos círculos cortesanos.

Esta primera parte concluye con el regalo de un «antojo», «tubo óptico», o telescopio, instrumento moderno que asusta al indio que lo utiliza y al que, precisamente en ese crucial instante, coge la Hora. A partir de este momento, la voz pertenece a los chilenos, cuyo portavoz, en primer lugar, maldice tal invento que distorsiona la realidad y que, por tanto, debe ser condenado por los cielos. La condena de este instrumento moderno inventado por los holandeses se inscribe, sin lugar a dudas, en la tendencia de la época de temor hacia las novedades, y en la idea del límite del conocimiento humano que Quevedo había defendido en otras ocasiones en su obra: así en otro texto dirá: «la de la sabiduría, como no hay ninguna, no se funda sino sólo en presunción»<sup>32</sup>. En este caso, el escepticismo quevediano indicaría que cualquier ser humano, en este caso el indio, no debe tener acceso a estos instrumentos científicos, sino que sólo los sabios podrían hacerlo, puesto que sólo éstos usan correctamente la razón humana<sup>33</sup>.

Pero el momento más importante del cuadro se le atribuye al indio chileno al que Quevedo le asigna el papel de portavoz de *La Hora*, es decir, que le corresponde la misión de desenmascarar las mentiras y malas intenciones que se esconden detrás de las palabras de su interlocutor europeo. Estas palabras, como he comentado con anterioridad, no han sido bien entendidas por algunos estudiosos modernos que han sacado conclusiones que se alejan de lo que sin duda había de ser la intencionalidad quevediana al redactar este cuadro; pensar que Quevedo critica «accidentalmente» a España porque pierde el control de su texto, al que le hace decir cosas que no quiere, es no leer con cuidado las palabras del personaje y no comprender que estas palabras tienen que responder al decorum; es decir, el indio chileno no puede menos que decir lo que dice, porque está condicionado por su realidad. Como vamos a ver, este personaje defiende su posición en el mundo y ataca a aquellos que pretenden cambiar el orden establecido, que, al fin y al cabo, era lo mismo que procuraba defender Quevedo: el *staus quo*. Para entender esto, basta con acudir a otros textos de la misma centuria en los que aparece el tema de los araucanos, y que citaremos más adelante, para ver

---

estamos obligados a ensalzar y ensanchar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande de nuestro Dios».

<sup>32</sup> Quevedo, *La cuna y la sepultura*, p. 111.

<sup>33</sup> Ver Martinengo, p. 151.

cómo éstos aparecen retratados en esas otras obras de la misma manera en la que los describe Quevedo, la única manera en que los escritores áureos se mantenían fieles a la tradición aristotélica que exigía el respeto a la verosimilitud de los personajes: a su manera de actuar y a su forma de hablar y de pensar. Haberle atribuido al indio chileno otras ideas hubiera supuesto una ruptura radical con esa tradición y hubiera confundido al lector de la época.

El fragmento se inicia con el desprecio del aparato novedoso que el holandés regaló a los indios, como si se tratara de un juguete infantil y que le sirve a Quevedo para introducir los ataques a los holandeses. Para que el lector pueda entender mejor la intencionalidad quevediana y la complejidad del argumento del indio chileno, creo necesario copiar casi íntegramente su parlamento y con posterioridad comentarlo detalladamente:

Con este artificio espulgáis los elementos, meteisos de mogollón a reinar; vosotros vivís enjutos debajo del agua, y sois tramposos del mar. No será nuestra tierra tan boba que quiera por amigos los que son malos para vasallos, ni que fíe su habitación de quien usurpó la suya a los peces. Fuisteis sujetos al Rey de España, y, levantándoos con su patrimonio, os preciáis de rebeldes, y queréis que nosotros, con necia confianza, seamos alimento a vuestra traición. Ni es verdad que nosotros somos vuestra semejanza, porque, conservándonos en la patria que nos dio naturaleza, defendemos lo que es nuestro, conservamos la libertad, no la hurtamos. Ofreceisnos socorro contra el Rey de España cuando confesáis le habéis quitado el Brasil, que era suyo. Si a quien nos quitó las Indias se las quitáis, ¡cuánta mayor razón será guardarnos de vosotros que de él! Pues advertid que América es una ramera rica y hermosa, y que, pues fue adúltera a sus esposos, no será leal a sus rufianes. Los cristianos dicen que el Cielo castigó a las Indias porque adoraban a los ídolos; y los indios decimos que el cielo ha de castigar a los cristianos porque adoran a las Indias. Pensáis que lleváis oro y plata, y lleváis invidia de buen color y miseria preciosa. Quitaisnos para tener qué os quiten; por lo que sois nuestros enemigos, sois enemigos unos de otros. Salid con término de dos horas de este puerto, y si habéis menester algo, decidlo, y si nos queréis granjear, pues sois invencioneros, inventad instrumento que nos aparte muy lejos lo que tenemos cerca y delante de los ojos, que os damos palabra que con este que trae a los ojos lo que está lejos, no miraremos jamás ni a vuestra tierra ni a España. Y llevaos esta espía de vidrio, soplón del firmamento, que, pues con los ojos en vosotros vemos más de lo que quisiéramos, no le hemos menester. Y agradézcale el sol que con él le hallasteis la mancha negra; que si no, por el color, intentárades acuñarle, y de planeta hacerle doblón (pp. 312-313).

El razonamiento del indio chileno está perfectamente construido, pues se inicia y termina con la alusión al telescopio y a su papel desafiante del conocimiento divino; en este sentido hay que entender la alusión a las manchas del sol que habían

sido descubiertas a principios del siglo XVII por el gran Galileo. Esta referencia demuestra el gran interés de Quevedo por las ciencias que estudian el cielo, aunque, al mismo tiempo, las críticas del indio chileno prueban el «recelo, desconfianza»<sup>34</sup> que le inspiraban su estudio indiscriminado. Al fin y al cabo, para Quevedo la verdad «es Dios solo» y sólo la muerte es docta, pues ya en una obra ascética escrita hacia la misma época que *La Hora* había afirmado que «la primera lección que lee la sabiduría al hombre es en el día de su muerte; y que, cuando muere, empieza a aprender»<sup>35</sup>.

Tras este inicio de ataque contra el racionalismo moderno que pretende descubrir heréticamente los secretos de la sabiduría divina, el indio chileno empieza a desmontar los argumentos en que se basaba el capitán holandés para defender la igualdad entre los dos pueblos, basada en la lucha contra el enemigo común: España. Y aquí aparece el concepto de la libertad, de la lucha despiadada por parte de los indios chilenos para defenderse de los intentos de dominación por parte de los españoles. Quevedo no se muestra original al exponer esta idea; además de los panfletos holandeses en los que se presentaba a los indios como adalides de su libertad, ya tenía las palabras que les había dedicado Ercilla en el prólogo de su poema épico, en el que al elogiar a los araucanos afirmaba que:

Son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles... con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles<sup>36</sup>.

Ciertamente que el elogio de Ercilla no se dirige sólo a los indios que valerosa y bravamente defienden su territorio, sino que por extensión ensalza a los españoles que los combaten con el mismo valor y bravura; es la misma motivación que lleva a Lope de Vega a considerar a los araucanos como «la más indómita nación que ha producido en la tierra» en la dedicatoria de su «tragicomedia» a don Hurtado de Mendoza, hijo de don García Hurtado de Mendoza, protagonista de la obra teatral<sup>37</sup>.

---

<sup>34</sup> Martinengo, p. 165. Prueba del gran interés de Quevedo por las ciencias «celestiales» la tenemos en la gran cantidad de libros que sobre estas disciplinas se hallaban en su biblioteca. Ver Martinengo, pp. 174-177. Entre ellos se encontraban libros de Copérnico, *Astronomia instaurata* o *De revolutionibus orbium coelestium*; de Galileo, *Sidereus Nuncius*; de Kepler, *Ad Vitellionem paralipomena, quibus Astronomiae pars optica traditur*.

<sup>35</sup> Quevedo, *La cuna y la sepultura*, pp. 112-113.

<sup>36</sup> Ercilla, *La Araucana*, p. 70.

<sup>37</sup> Lope de Vega, *Arauco domado*, p. 75. En la obra Lope de Vega habla de don García como de «César ha de ser de aquesta hazaña; / este Mendoza, este Alejandro nuevo».

En el caso de *La Hora de todos* no parece ser éste el motivo que impulsa al escritor a hacer referencia a la idea de libertad, de insumisión frente al invasor, sino que el indio chileno pretende recalcar la idea de que mientras los holandeses son rebeldes al rey de España, pues se han levantado en unos territorios que pertenecían por herencia a los Habsburgos, ellos defienden el terreno que les ha sido otorgado por Dios como patria de sus antepasados y de ellos mismos. En este caso, por ejemplo, Quevedo se aparta de Lope que en la citada comedia había hablado del «Chile, rebelde y traidor»<sup>38</sup>.

Nuestro escritor refleja a la perfección el carácter indómito de los indios chilenos que, como hubiera sucedido con cualquier otro pueblo “más civilizado”, defienden sus posesiones frente a la amenaza de un enemigo exterior. Pero la importancia de esta defensa viene en el hecho de que supone un claro distanciamiento del argumento que el holandés había armado de la semejanza en las causas de la lucha de los dos pueblos. El indio chileno, portavoz en este caso de Quevedo, ataca la falacia de su adversario dialéctico, recordándole el derecho natural que diferencia a uno del otro: mientras que los europeos se han levantado contra su señor natural, los americanos están defendiendo lo que la naturaleza les ha otorgado como hábitat para sus gentes. Ciertamente, esta parte del discurso del indio podría entenderse como una crítica del propio Quevedo a la conquista de América, pero hemos de recordar de nuevo quién es el que pronuncia estas palabras; no hubiera sido posible que el jefe araucano se hubiera pronunciado de otro modo, no hubiera sido creíble para el lector que el indio hubiera defendido la conquista y la esclavitud a la que se verían sometidos por parte de los españoles. No debemos buscar en este texto la actitud de condena de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo. Y en este sentido hemos de entender la reflexión de que los holandeses han robado al rey de España parte del territorio en Brasil, «que era suyo»; es decir, del monarca español. Por tanto, Quevedo reconoce que Felipe IV tiene derecho de posesión sobre las tierras americanas. Por ello el indio deja claro, y aquí vuelve a aparecer el Quevedo antiholandés, que este capitán representa a un pueblo de ladrones, que no se contenta con robar terreno al mar, sino que se adueña de colonias que pertenecen a quien es su rey.

En este momento, el discurso del indio chileno conecta el derecho de conquista con los motivos que llevaron a esa conquista. Se trata, sin duda, de un tema que despertó polémica en la propia España y a la que ciertos escritores barrocos trataron de dar respuesta anteponiendo los sentimientos religiosos a los materiales<sup>39</sup>. Ya hemos citado el discurso de Cortés a sus hombres en el que destacaba en primer lugar el afán de acumular riquezas; casi cien años más tarde, las prioridades han cambiado. Lope

---

<sup>38</sup> Lope de Vega, *Arauco domado*, p. 82.

<sup>39</sup> Recordemos que Ercilla, *La Araucana*, p. 96, afirmaba que Almagro llegó a «Chile determinado / de estender y ensanchar la fe de Cristo».

de Vega, contemporáneo de Quevedo, ya no se siente cómodo con ese orden y en su obra hace decir a don García las siguientes palabras:

Dos cosas en Chile espero  
que su gran piedad me dé...  
la primera es ensanchar  
la fe de Dios; la segunda,  
reducir y sujetar  
de Carlos a la coyunda  
esta tierra y este mar,  
para que Felipe tenga  
en este antártico polo  
vasallos que a mandar venga<sup>40</sup>.

Si he elegido estos versos es porque Lope de Vega sitúa esta obra en el mismo sitio en el que transcurre la acción del cuadro quevediano: Chile. Por supuesto que la finalidad de ambos textos es muy diferente, pero ambos tienen muy claras las prioridades de los españoles, o, por lo menos, de la propaganda española: primero, la fe; en segundo lugar, el oro. Quevedo ya había elogiado la labor evangelizadora de Cortés en la *España defendida*, texto que ya he citado anteriormente. Pero en *La Hora de todos*, y a través del indio chileno, decide asumir el papel del escritor moralista que abomina de la avaricia, de la codicia del oro que ha empujado a muchos de sus compatriotas a cruzar el charco y que mancha y corrompe lo que hubiera sido de otro modo una empresa admirable. Ciertamente, la crítica del Quevedo moralista no se detiene sólo en los españoles, porque el escritor es consciente de que las mismas motivaciones de hallan detrás de los viajes de los holandeses. Podemos citar como hecho interesante, aunque es un poco posterior a la redacción de *La Hora de todos*, que durante la expedición de Brouwer, en 1646, su sustituto, Herckmans, mantuvo conversaciones con los caciques indios en Valdivia, conversaciones que se rompieron en el instante en el que los holandeses ofrecieron precios justos y buenas mercancías a cambio del oro americano, propuesta ante la cual «the caciques glanced at one another and gave no further reply»<sup>41</sup>.

La diatriba moralista del escritor madrileño abarca, pues, a todos aquellos europeos que se embarcaban rumbo a América con la única pretensión de enriquecerse. A partir de esta concepción, el indio chileno feminiza a América y la convierte en una rica ramera que excita las pasiones de los españoles y holandeses para pervertirlos,

---

<sup>40</sup> Lope de Vega, *Arauco domado*, p. 81.

<sup>41</sup> Citado por Schmidt, p. 467.

convirtiéndolos en sus vulgares rufianes. No es la primera vez que Quevedo escribe sobre la corrupción que provocan las riquezas extraídas de las Indias en las costumbres de los austeros y sobrios castellanos. Como humanista europeo, el escritor añoraba los siglos pasados, es decir la Edad Media, en los que no se veían los excesivos adornos que compraban sus contemporáneos con el oro americano. Lo que sí es poco habitual es poner esta censura en boca de uno de los habitantes de la región de la que procedían los minerales, algo que ya había hecho Lope de Vega que hace decir a Tucapel:

Ladrones, que a hurtar venís  
 el oro de nuestra tierra,  
 y disfrazando la guerra  
 decís que a Carlos servís,  
 ¿qué sujeción nos pedís?<sup>42</sup>

De esa manera, la crítica quevediana gana en contundencia, pues el indio, un pagano, recrimina los vicios a unos holandeses y españoles que debían seguir las enseñanzas cristianas de la humildad y pobreza. Frente a esto hemos de recordar que ya Ercilla había criticado la codicia de Valdivia que había encontrado la muerte por codicioso<sup>43</sup>, pero esta crítica está puesta en boca de la voz narradora que es la de un cristiano que censura la codicia de sus correligionarios. Para Quevedo la consecuencia lógica de esta censura es la consideración de las Indias como castigo del cielo, no como la bendición que los codiciosos pretendían. En este párrafo el indio chileno representa para Quevedo la pureza de las costumbres que él preconizaba como característica de los castellanos medievales, cuyos descendientes se han dejado llevar por la envidia y, en lugar de encontrar la felicidad, se han topado con la miseria que producen el oro y la plata.

La despedida final del cacique retoma otra vez la acusación de avariciosos a los holandeses y el desprecio que sienten tanto por ellos como por los mismos españoles, pueblos que personifican todos los males de la civilización europea. Y el desprecio que manifiesta el interlocutor chileno sirve también como reafirmación de su carácter indómito, de su apego a la libertad en la que han vivido lejos de los intereses europeos, a los que para nada necesitan. El rechazo del telescopio que le

---

<sup>42</sup> Lope de Vega, *Arauco domado*, p. 90.

<sup>43</sup> Ercilla, *La Araucana*, p. 134: «Pero dejó el camino provechoso / y, descuidado dél, torció la vía, / metiéndose por otro, codicioso, / que era donde una mina de oro había; / y de ver el tributo y don hermoso / que de sus ricas venas ofrecía, / paró de la codicia embarazado, / cortando el hilo próspero del hado».

han ofrecido como regalo simboliza el repudio a todo aquello que no es esencial para la supervivencia para el indio, pero también la idea de Quevedo ya comentada anteriormente de que ciertos descubrimientos o inventos no pueden caer en manos de individuos que no saben utilizarlos, tal y como le sucede al personaje del texto.

Con este final se cierra perfectamente el círculo que Quevedo había iniciado al principio del cuadro con la referencia crítica y satírica a los holandeses y sus aventuras marítimas. Ciertamente, este punto constituye sólo una de las dianas a las que apuntaba la sátira quevediana, puesto que hay varias más: la crítica moralista a la conquista española de las Indias, motivada más por la codicia que por el deseo de extender la religión católica; censurar la política del Conde-duque de Olivares que buscaba la paz con estos enemigos de la religión católica y de España, porque tanto monta...; y, por último, poner al descubierto la indefensión en que se hallaban ciertas posesiones del Imperio español. Todo ello lo ha llevado a cabo utilizando como portavoz a un indio chileno, porque es este personaje tras el que se disfraza el moralista Quevedo para descubrir los males que aquejan a su España. El escritor español ha creado un indio al que ha dotado de sabiduría, de moralidad y de una valentía ejemplares y le ha prestado su palabra para que se exprese con ella. Esta cesión no significa que el escritor comparta ciertas ideas que como consecuencia del decorum expresa su personaje; está claro que Quevedo no criticaba la conquista de América, sólo censuraba los ideales que habían llevado a algunos a emprenderla. El escritor madrileño no podía quitar méritos a las hazañas de un Hernán Cortés, al que ya había elogiado en otro momento. Precisamente, si había elegido Chile, había sido, en parte, por la valentía de sus habitantes, hecho que contribuye a elevar la grandeza de los españoles que habían sucumbido en la lucha por someterlos, puesto que como ya había puesto de manifiesto Ercilla:

Que más los españoles engrandecen  
pues no es el vencedor más estimado  
de aquello en que el vencido es reputado<sup>44</sup>.

Porque está claro que Quevedo no conoció Chile, pero sí había leído la obra de Ercilla y, casi con toda seguridad también, los textos del *Arauco domado* de Pedro de Oña y la obra del mismo título de Lope de Vega<sup>45</sup>; en ellos se basó para delinear la figura de este personaje y las características que atribuye a su pueblo. Lo curioso en *La Hora de todos*, y lo que lo separa de sus modelos, es que el mensaje humanista y

---

<sup>44</sup> Ercilla, *La Araucana*, p. 78.

<sup>45</sup> Debemos recordar que el texto de Lope está basado, en gran parte, en el canto V del poema de Oña.

moralizante lo transmite a través de uno de sus habitantes; el sometido tiene la última palabra, una palabra de afirmación de su ser y de su libertad, y de desafío ante los holandeses y españoles que pretenden sojuzgarlo.

## ANEXO

*CUADRO XXXVI DE LA HORA DE TODOS*

Dio una tormenta en un puerto de Chile con un navío de holandeses, que por su sedición y robos son propiamente dádiva de las borrascas y de los furores del viento. Los indios de Chile, que asistían a la guarda de aquel puerto, como gente que en todo aquel mundo vencido guarda belicosamente su libertad para su condenación en su idolatría, embistieron con armas a la gente de la nave, entendiendo eran españoles, cuyo imperio les es sitio y a cuyo dominio perseveran excepción.

El capitán del bajel los sosegó, diciendo eran holandeses, y que venían de parte de aquella república con embajada importante a sus caciques y principales; y acompañando estas razones con vino generoso, adobado con las estaciones del norte, y ablandándolos con butiro y otros regalos, fueron admitidos y agasajados.

El indio que gobernaba a los demás fue a dar cuenta a los magistrados de la nueva gente y de su pretensión. Juntáronse todos los más principales y mucho pueblo, bien en orden, con las armas en las manos. Es nación tan atenta a lo posible y tan sospechosa de lo aparente, que reciben las embajadas con el propio aparato que a los ejércitos.

Entró en la presencia de todos el capitán del navío, acompañado de otros cuatro soldados, y por un esclavo intérprete, le preguntaron quién era, de dónde venía y a qué, y en nombre de quién. Respondió (no sin recelo de la audiencia belicosa):

– Soy Capitán holandés; vengo de Holanda, república en el último occidente, a ofreceros amistad y comercio. Nosotros vivimos en una tierra que la miran seca con indignación debajo de sus olas los golfos; fuimos pocos años ha vasallos y patrimonio del grande monarca de las Españas y Nuevo Mundo, donde sola vuestra valentía se ve fuera del cerco de su corona, que compite por todas partes con el que da el sol a la tierra. Pusímonos en libertad con grandes trabajos, porque el ánimo severo de Felipe II quiso más un castigo sangriento de dos señores que tantas provincias y señorío. Armónos de valor la venganza desta venganza, y con guerras de sesenta años y más, continuas, hemos sacrificado a estas dos vidas más de dos millones de hombres, siendo sepulcro universal de Europa las campañas y sitios de Flandes. Con las vitorias nos hemos hecho soberanos señores de la mitad de sus estados, y no contentos con esto le hemos ganado en su país muchas plazas fuertes y muchas tierras, y en el Oriente hemos adquirido grande señorío, y ganádole en el Brasil a Pernambuco, la Parayba, y hecho nuestro el tesoro del palo, tabaco y azúcar; y en todas partes, de vasallos suyos, nos hemos vuelto su inquietud y sus competidores. Hemos considerado que no sólo han ganado estas infinitas provincias los españoles, sino que en tan pocos años las han vaciado de tan innumerables poblaciones, y pobládolas de gente forastera, sin que de

los naturales guarden aun los sepulcros memoria; y que sus grandes emperadores y reyes, caciques y señores, fueron desaparecidos y borrados en tan alto olvido, que casi los esconde con los que nunca fueron. Vemos que vosotros solos, o sea bien advertidos o mejor escarmentados, os mantenéis en libertad hereditaria, y que en vuestro coraje se defiende a la esclavitud la generación americana. Y como es natural amar cada uno a su semejante, y vosotros y mi república sois tan parecidos en los sucesos, determinó enviarme por tan temerosos golfos y tan peligrosas distancias, a representaros su afeto, buena amistad y segura correspondencia; ofreciándoos, como por mí os ofrece, para vuestra defensa o pretensiones, navíos y artillería, capitanes y soldados, a quienes alaba y admira la parte del mundo que no los teme; y para la mercancía, comercio en sus tierras y estados, con hermandad y alianza perpetua, pidiendo escala franca en vuestro dominio, y correspondencia igual en capitulaciones generales, con cláusula de amigos de amigos y enemigos de enemigos; y por más demostración, en su poder grande os aseguran muchas repúblicas, reyes y príncipes confederados.

Los de Chile respondieron con agradecimiento, diciendo que para oír bastaba la atención; mas para responder aguardaban las prevenciones del Consejo; que a otro día se les respondería a aquella hora.

Hízose así; y el holandés, conociendo la naturaleza de los indios, inclinada a juguetes y curiosidades, por engaitarlos la voluntad, les presentó barriles de butiros, quesos y frasqueras de vino, espadas y sombreros y espejos, y últimamente un tubo óptico, que llaman antojo de larga vista. Encarecióles su uso, y con razón, diciendo que con él verían las naves que viniesen a diez y doce leguas de distancia, y conocerían por los trajes y banderas si eran de paz o de guerra, y lo propio en la tierra; añadiendo que con él verían en el cielo estrellas que jamás se han visto, y que sin él no podrían verse; que advertirían distintas y claras las manchas que en la cara de la luna se mienten ojos y boca, y en el cerco del sol una mancha negra; y que obraba estas maravillas, porque con aquellos dos vidrios traía al ojo las cosas que estaban lejos y apartadas en infinita distancia.

Pidiósele el indio que entre todos tenía mejor lugar: alargósele el holandés en sus puntos, dotrinóle la vista para el uso, y diósele. El indio le aplicó al ojo derecho, y asestándole a unas montañas, dio un grande grito, que testificó su admiración a los otros, diciendo había visto a distancia de cuatro leguas ganados, aves y hombres, y las peñas y matas tan distintamente y tan cerca, que aparecían en el vidrio postrero incomparablemente crecidas.

Estando en esto los cogió la *hora*, y zurriándose en su lenguaje al parecer razonamientos coléricos, el que tomó el antojo, con él en la mano izquierda, habló al holandés estas palabras:

—Instrumento que halla mancha en el sol y averigua mentiras en la luna y descubre lo que el cielo esconde, es instrumento revoltoso, es chisme de vidrio, y

no puede ser bienquisto del cielo. Traer así lo que está lejos es sospechoso para los que estamos lejos; con él debistes de vernos en esta grande distancia, y con él hemos visto nosotros la intención que vosotros retiráis tanto de vuestros ofrecimientos. Con este artificio espulgáis los elementos, y os metéis de mogollón a reinar: vosotros vivís enjutos debajo del agua y sois tramposos del mar. No será nuestra tierra tan boba que quiera por amigos los que son malos para vasallos, ni que fie su habitación de quien usurpó la suya a los peces. Fuistes sujetos al rey de España, y levantándoos con su patrimonio, os preciáis de rebeldes y queréis que nosotros con necia confianza seamos alimento a vuestra traición. Ni es verdad que nosotros somos vuestra semejanza; porque conservándonos en la patria que nos dio la naturaleza, defendemos lo que es nuestro, conservamos la libertad, no la robamos. Ofreciéisnos socorro contra el rey de España, cuando confesáis le habéis quitado el Brasil, que era suyo. Si a quien nos quitó las Indias se las quitáis, ¿cuánta mayor razón será guardarnos de vosotros que dél? Pues advertid que América es una ramera rica y hermosa, y que pues fue adúltera a sus esposos, no será leal a sus rufianes. Los cristianos dicen que el cielo castigó a las Indias porque adoraban a los ídolos; y los indios decimos que el cielo ha de castigar a los cristianos porque adoran a las Indias. Pensáis que lleváis oro y plata, y lleváis invidia de buen color y miseria preciosa. Quitáisnos para tener que os quiten; por lo que sois nuestros enemigos, sois enemigos unos de otros. Salid con término de dos horas deste puerto, y si habéis menester algo, decidlo; y si nos queréis granjear, pues sois invencioneros, inventad instrumento que nos aparte muy lejos lo que tenemos cerca y delante de los ojos; que os damos palabra que con este que trae a los ojos lo que está lejos, no miraremos jamás a vuestra tierra ni a España. Y llevaos esta espía de vidrio, soplón del firmamento; que pues con los ojos en vosotros vemos más de lo que quisiéramos, no le habemos menester. Y agradézcale el sol que con él le hallastes la mancha negra; que si no, por el color intentárades acuñarle y de planeta hacerle doblón.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bakhtine, Mikhail. *La poétique de Dostoïevski*. Paris: Éditions du Seuil, 1970.
- Clamurro, William. "Quevedo's World as Political Language: Reading *La Hora de todos*". En su *Language and Ideology in the Prose of Quevedo*. Newark: Juan de la Cuesta, 1991, 154-180.
- Elliott, John H. "Quevedo and the Count-Duke of Olivares". En James Iffland, ed. *Quevedo in Perspective*. Newark: Juan de la Cuesta, 1982, 227-250.
- . *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*. Barcelona: Crítica, 1991.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Edición de Isaías Lerner. Madrid: Cátedra, 1993.
- Iffland, James. "Apocalipsis más tarde. Ideología y *La Hora de todos* de Quevedo". *Co-textes* 2 (1981): 29-97.
- Israel, Jonathan I. *La república holandesa y el mundo hispánico, 1601-1661*. Madrid: Nerea, 1997.
- Kent, Conrad. "Politics in *La Hora de todos*". *Journal of Hispanic Philology* 1 (1977): 99-119.
- Maravall, José Antonio. *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*. Barcelona: Editorial Ariel, 1980.
- Lastra, Pedro. *Conversaciones con Enrique Lihn*. Santiago: Atelier Ediciones, 1990.
- Lida, Raimundo. *Prosas de Quevedo*. Barcelona: Crítica, 1981.
- López de Gómara, Francisco. *La conquista de México*. Edición de J. L. de Rojas. Madrid: Dastin S.L., 2001.
- Martinengo, Alessandro, *La Astrología en la obra de Quevedo: una clave de lectura*. Madrid: Alambra, 1983.
- Martínez, Miguel. "Quién me entendiere me declare: España, Holanda y los indios de América en *La Hora de todos*". *Voz y letra* XVII. 1 (2006): 93-119.
- Neruda, Pablo: *Obras completas. IV. Nerudiana dispersa I. 1915-1964*. Edición de Hernán Loyola. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2001.
- Quevedo, Francisco de. *España defendida y los tiempos de ahora*. En *Obras completas. Obras en prosa*. Tomo I. Edición de Felicidad Buendía. Madrid: Aguilar, 1979.
- . *Poesía original completa*. Edición de José Manuel Blecua. Barcelona: Planeta, 1981.
- . *La Hora de todos y la Fortuna con seso*. Edición de Jean Bourg, Pierre Dupont y Pierre Geneste. Madrid: Cátedra, 1987.
- . *Execración contra los judíos*. Edición de Fernando Cabo Aseguinolaza y Santiago Fernández Mosquera. Barcelona: Crítica, 1993.

- . *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*. Edición de Victoriano Roncero López. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.
- . *La cuna y la sepultura. Doctrina moral*. Edición de Celsa Carmen García Valdés. Madrid: Cátedra, 2008.
- Roncero López, Victoriano. “El pícaro sigue al conquistador: Pablos surca los océanos”. *Revista de Literatura* LXXI. 142 (julio-diciembre 2009): 609-626.
- Schmidt, Benjamín. “Exotic Allies: The Dutch-Chilean Encounter and the (Failed) Conquest of America”. *Renaissance Quarterly* 52. 2 (Summer, 1999): 440-473.
- Vega, Lope de. *Arauco domado por el excelentísimo señor D. García Hurtado de Mendoza*. En Francisco Ruiz Ramón, ed. *América en el teatro clásico español*. Pamplona: EUNSA, 1993, 75-140.